

vos en apariencia», Metternich y su soberano proseguían en silencio, desde 1812, el plan que sólo ellos conocían.

Después de la retirada de Rusia, y al ver formada la coalición, el gabinete de Viena tomó una actitud fría y malévolá, llegando á decir que habían cambiado las condiciones de la alianza austro-francesa y que Austria debía limitarse á desempeñar el papel de mediadora, llegando Metternich á felicitar al mismo tiempo al rey de Prusia por su alianza con el Czar, «para salvar la independencia de Europa»; y en 25 de Abril escribió al diplomático ruso Nesselrode: «Si Napoleón pierde una sola batalla, toda Europa se levantará contra él.» La victoria de Lutzen le puso en cuidado y mandó al Emperador sus protestas de amistad, ofreciéndose á fijar en un congreso las condiciones de la paz, ofrecimiento que no aceptó Napoleón hasta haber reconquistado la línea del Oder y ocupado la Silesia, tras de cuyos hechos hubiera podido continuar avanzando sin escuchar las proposiciones de Metternich, pues el ejército aliado se hallaba quebrantado y reducido á 80.000 hombres, teniendo en su favor todas las circunstancias para destruirlo en una última batalla.

Dejóse, sin embargo, arrastrar en 4 de Junio á firmar en Pleiswitz ó Poischwitz un armisticio, que debía durar hasta el 28 de Julio. Depuso sus armas con verdadero sentimiento, y diciendo que si los aliados no obraban de buena fe le sería sumamente funesto; pero Napoleón no era entonces general, sino que era monarca, y estos dos papeles se hallaban en pugna; así es que sólo las consideraciones políticas explican esta gran falta militar. La opinión unánime era favorable á la paz, no sólo entre el pueblo, sino aun entre todos los que rodeaban al Emperador, y hasta entre los mismos generales. Napoleón no se engañaba respecto á este punto. «Veó claramente, señores—dijo entonces á los jefes que le rodeaban,—que no queréis más guerra. Berthier preferiría cazar en Grosbois, y Rapp recrearse en su hotel de Paris.» Napoleón sentía que Francia empezaba á abandonarle. «Precisaba, como dice Fain en su *Manuscrito de 1813*, que no se pudiese dudar de sus deseos de paz y quería dar una prueba de ello aun á costa de los intereses militares.» Por otra parte, este armisticio le daba tiempo para llamar ó reunir nuevas tropas y aumentar su caballería.

Los sucesos no tardaron en demostrar que Prusia y Rusia no querían la paz, y que únicamente habían aceptado la tregua para reponer sus fuerzas y permitir que Austria preparase las suyas. Diez días después de abierto el armisticio (14 de Junio), Federico Guillermo y el Czar firmaban con Inglaterra el tratado de Reichenbach, por el cual Inglaterra se comprometía á facilitar al primero un subsidio



1813. (Según una litografía de Raffet)

de 17 millones mensuales y al segundo otro de 33 millones. Además, los reveses que los Franceses experimentaban en España contribuyeron á envalentonar á sus enemigos. El poder de Napoleón vacilaba en todas partes.

Napoleón, mandando á Fernando VII á España y limitándose en esta nación á una guerra defensiva contra los Ingleses, habría podido disponer de la mayor parte de los cien mil hombres que combatían inútilmente al otro lado de los Pirineos y duplicar casi sus fuerzas en Alemania (1). En la primavera de 1812, Wellington volvió á tomar la ofen-

(1) El ministro inglés Percebal, asesinado en 1812, fué reemplazado por lord Liver-

siva y se apoderó de Salamanca. Marmont, que había sucedido a Massena, atacó a los anglo-españoles en los altos de los Arapiles, al norte de Salamanca, y herido desde el principio de la acción y con su ejército completamente derrotado, tuvo que retirarse hacia Burgos. Wellington entró en Madrid, y José se replegó hacia Valencia, en donde Suchet conservaba una firme base. La retirada de José llevó consigo la de Soult, que se vió obligado á levantar el bloqueo de Cádiz y abandonar toda la Andalucía. La causa del Emperador en España parecía perdida, hasta que Wellington quedó detenido en Burgos por la heroica resistencia del general Dubretón, de cuya ciudad, después de treinta y cinco días de sitio y de cinco asaltos, el ejército inglés, á pesar de sus triunfos, se vió obligado á retirarse, de tal modo debilitado que no le fué dable impedir la unión de Soult con Souham, quien había reorganizado el ejército derrotado en los Arapiles, evitando los Ingleses la batalla que les presentaba el ejército francés frente á Salamanca y volviendo á entrar en Portugal.

Pero Wellington renovó sus planes al año siguiente. José, que había formado con los 80.000 hombres que le quedaban un solo ejército, cuyo general en jefe era Jourdan, cometió la torpeza de dispersar sus fuerzas, formando una extensa línea desde el Tajo hasta los Pirineos. Wellington salió de Portugal con 120.000 hombres, y, subiendo por la cuenca del Duero, obligó nuevamente á José á evacuar Madrid. El ejército francés trató de concentrarse en Burgos, mientras los Ingleses se dirigían hacia Bayona con el propósito de cortar la retirada á Francia. Temerario José de este movimiento, abandonó también Burgos y se fué á defender el desfiladero de Pancorbo, dispersando todavía más sus tropas, pues mientras su derecha se hallaba en Vizcaya, tenía la izquierda en Logroño y él, con el centro, se hallaba en los alrededores de Vitoria. Wellington, salvando el Ebro, tomó posiciones en el camino de Vitoria á Bilbao, y José, obligado á retroceder todavía más sin haber combatido, para conservar sus comunicaciones con Francia se situó en Vitoria, punto de reunión de los ca-

pool. En esta época, á pesar de los triunfos de Cintra, Talavera y Torres-Vedras, cuya importancia era incontestable, la opinión liberal de Inglaterra se mostraba completamente hostil á la intervención en la península ibérica.

minos de los Pirineos occidentales, y allí le atacó Wellington y le venció, perdiendo los Franceses 5.000 hombres y más de 100 cañones, dejando al enemigo dueño del camino de Bayona y apresurándose á repasar los Pirineos (21 de Junio de 1813). Soult tomó el mando del ejército de José con facultades ilimitadas, y Suchet, que por un momento tuvo interceptadas sus comunicaciones con los Pirineos por un ejército anglo-español y había logrado felizmente restablecerlas, reci-



Boquejo á la aguada de Raffet

bió orden de evacuar Valencia, aunque allí no hubiese sido molestado hasta entonces, y dirigirse hacia Cataluña. Al retirarse logró, por medio de una victoria, liberrar á la guarnición de Tarragona y alcanzó un último triunfo en el collado de Ordal (11 de Septiembre). La frontera francesa fué forzada, hecho que conmovió en gran manera á toda Europa, pues Francia á su vez estaba invadida, y precisamente la nación que había tratado con mayor injusticia era la primera que le imponía esta humillación. Los coaligados no podían ya dudar en continuar la lucha. Beethoven, el músico más ilustre de Alemania, compuso una cantata-sinfonía sobre la batalla de Vitoria.

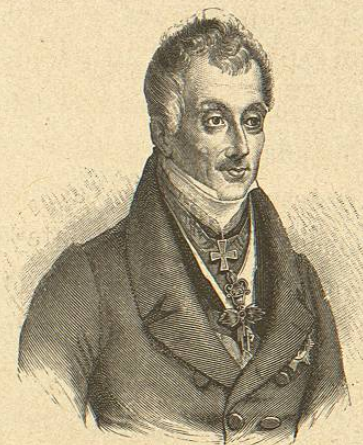
Los acontecimientos que tenían lugar en América hubieran podido ejercer una influencia decisiva en los asuntos de Europa si se hubiesen realizado con alguna anterioridad. Había estallado la guerra entre Inglaterra y los Estados-Unidos, cuyo poder había ido en aumento durante las luchas del viejo mundo. Inglaterra, que en un principio había tratado de conciliarse la amistad de los norte-americanos con motivo del bloqueo continental, comenzaba á sentir inquietudes por sus progresos, habiendo visto con verdadero disgusto las tentativas hechas por éstos para anexionarse la Florida, que quería emanciparse de España. Renovó en esta ocasión sus violencias apoderándose de marineros norte-americanos, hasta de los mismos buques del Estado, y esto en provecho propio, pues los americanos del Norte hablaban su propio idioma. Volvió á ejercer el derecho de visita con el mismo rigor que antes, sin que las quejas de los norte-americanos obtuviesen el menor respeto por parte del gabinete británico.

Queriendo sacar partido de este estado de cosas, Napoleón trató de atraerles á una alianza con Francia, mitigando para con ellos las rigurosas disposiciones del bloqueo continental. Pero la guerra no se declaró por los Estados-Unidos á Inglaterra hasta Junio de 1812, á propuesta de Mádison, presidente de la Unión norte-americana desde 1809 y cuyo mando se prolongó hasta 1818. En 1814 los Ingleses se apoderaron de Washington y quemaron el Capitolio, pero pagaron este triunfo con una doble derrota sobre el lago Champlain y en Nueva-Orleáns. Firmóse la paz en 1815, quedando prohibido por ella á los Ingleses la navegación del Mississipi. Esta guerra llegó demasiado tarde y ocupó escaso número de fuerzas para ejercer la menor influencia en los sucesos que con tanta rapidez se realizaban en Europa.

Inglaterra se aprovechó de la suspensión de las hostilidades en Alemania para robustecer y ampliar la coalición. El armisticio se ajustó para que se reuniese un congreso que fijara las condiciones de la paz, y Austria, que había impuesto, por decirlo así, la reunión de este congreso y su intervención, no puso gran empeño en su convocatoria, pues su objeto era que las negociaciones pasasen únicamente por sus manos. Napoleón comprendió en seguida que el fin de los aliados era terminar sus preparativos y que no pensaban en depone-
ner las armas hasta haber abatido completamente su poder, senti-

mientos que manifestó claramente en la entrevista que tuvo en 28 de Junio, en su cuartel general de Dresde, con Metternich.

«Llegáis ya bien tarde,—le dijo,—vuestra intervención resulta hostil á fuerza de su inactividad... ¿Qué resultados ha dado hasta ahora el armisticio? Yo no conozco ningún otro más que el tratado de Reichenbach. Confesad que sólo os habéis propuesto ganar tiempo; hoy tenéis dispuestos vuestros 200.000 hombres tras la cortina de las montañas de Bohemia. Vuestro gran problema consiste en averiguar si podéis libraros de mí sin combatir ó si os será preciso formar deci-



M. de Metternich

didamente en las filas de mis enemigos; pues bien, veamos, tratemos: ¿qué queréis? Os he ofrecido la Iliria para que permanezcáis neutrales, ¿os basta esto? — En vuestras manos está, — dijo Metternich, — disponer de nuestras fuerzas. Las cosas han llegado á tal punto que no podemos permanecer neutrales, siendo preciso que nos declaremos en pro ó en contra vuestra.» Pidió, pues, Iliria, la mitad de Italia, Polonia, Holanda, Suiza, la cesión de Roma al Papa, de España á Fernando VII, y la disolución de la Confederación del Rhin. «¡Perfectamente! — exclamó Napoleón, — y así deberé evacuar Europa, cuya mitad aun domino, reunir mis legiones, con mi bastón levantado, detrás del Rhin, de los Alpes y de los Pirineos... ¡Y en el momento en que mis banderas flotan todavía en las bocas del Vístula y en las orillas del Oder, y en que mi ejército victorioso se halla á las puertas